

## CAPÍTULO VII.

*Dioses menores.—Templos.—Teocalli de Huitzilopochtli.—Tzompantli.—Templo de Quetzalcoatl.—Teocalli de Texcoco.—Templo al dios incógnito.—Culto.—Oracion.—Música, canto y danza.—Ofrendas.—Copalli.—Chapopotli.—Ayunos.—Penitencias.*

LOS dioses mexicanos, atento cada uno al desempeño de sus obligaciones, no tenían espacio para entregarse á pasatiempos: si ménos poéticos, mucho más morales que las divinidades griegas, no se ocupaban en fraguar incestos, seducir á las libres y manchar el tálamo de las casadas. Los númenes aztecas carecían de esposas; las diosas eran sólo sus compañeras. Sin embargo, algunas deidades presidían al amor, aunque no con la repugnante desnudez de la Vénus hermafrodita. Tlazolteotl, de *tlazolli*, basura, era la diosa de los amores sucios, la Vénus deshonesta ó diosa de la carnalidad. Su segundo nombre era Ixcuina; ésta se componía de Tiacapan, la hermana primogénita, de la segunda Teicu, de la media Tlaco, y de la menor Xocotzin. El tercer nombre ó tercera personificación era el de Tlazolcuani, comedora de cosas sucias. (1)

Tlazolteotl era el sétimo de los señores ó acompañados de la noche: reinaba en la XVIII trecena del Tonalamatl, en compañía de Piltzintecuhtli.

Las diosas recibían en conjunto el apellido de Ixcuiname, concediéndoles el poder de despertar las malas pasiones; mas tenían poder para perdonar las faltas. Seguía de aquí una verdadera

(1) Sahagun, lib. I, cap. XII.

confesion auricular, parecida bajo muchos aspectos á la práctica cristiana. (1)

Refiere la leyenda, que el penitente Yappan, aspirando á la perfeccion para alcanzar transformarse, abandonó á su esposa Tlahuitzin y á sus parientes, retiróse al yermo, y subido sobre la peña de la penitencia llamada Tehuehuetl, comenzó la vida perfecta. Observábanle los dioses; mas á fin de cuidarle de más cerca, pusiéronle por espía á Yaotl, enemigo. Yappan se mantuvo firme por mucho tiempo, rechazando la seducción de las mujeres enviadas para tentarle: los dioses se admiraban de tan grandes triunfos. Yaotl rabiaba de envidioso despecho. Tlazolteotl, que con aquello se tenía por desairada, hablando con las deidades les dijo: "No creais, altos é inmortales dioses, que Yappan tenga heroicos esfuerzos para concluir su penitencia, y merecer de vuestra benignidad alguna de las trasmutaciones sublimes. Bajaré yo, y luego vereis como es frágil su propósito y fingida su continencia." Vino á la tierra, y acercándose al Tehuehuetl, dijo con tono meloso al penitente: "Hermano Yappan, yo, la diosa Tlazolteotl, asombrada de tu constancia y apiadada de tus trabajos, vengo á consolarte;" y añadió: "¿Qué camino tomaré por cuál senda he de subir á hablarte?" "Seas muy bien venida, contéstó inmediatamente el anacoreta; aguárdate que bajaré por tí." Haciendo como dijo, bajó de la peña y con su preciosa compañera subió de nuevo: frágil como vidrio delgado, tapado con las vestiduras de la diosa puso fin á su penitencia.

Indignados los dioses se preparaban á castigar la profanacion de la peña sagrada; Yaotl, arrebatado por su perversidad, se adelantó, sin tomar ántes permiso, y subiendo al Tehuehuetl, despues de apostrofar á Yappan le cortó la cabeza: los dioses le transformaron en alacran, sin cabeza, con los brazos tendidos como para defenderse, ocultándose inmediatamente debajo de la piedra. Saliéndose todavía de su cometido, se apoderó de Tlahuitzin, la llevó al Tehuehuetl é igualmente le cortó la cabeza: también fué convertida en alacran, y fué á buscar á su esposo debajo de la peña. Desde entónces, los escorpiones cenicientos ó negros salieron de Yappan, miéntras los encendidos ó rojos se produjeron de Tlahuitzin. Pero los dioses se irritaron contra el

(1) Sahagun, lib. I, cap. XII.

atrevimiento de Yaotl y lo transformaron en la langosta *ahuaca-chapullin*, llamada de aquel tiempo Tzontecoma, carga cabeza. (1)

Macuilxochiquetzalli, cinco flores de quetzal, ó como quiere Boturini, la del abanico de cinco flores y plumas; diosa de los amores honestos. (2) Preside en la IV trecena junta con Macuilxochitl. Gama confunde en una misma ambas deidades, que son diversas.

Tlaltecuhlti, dios vengador del adulterio. Quienes morían por adúlteros eran llamados en general Tlazolteomiqui, muerto por Tlazolteotl; si hombre Tlazolteotlahpaliuhque, al que aplastan la cabeza con una losa por Tlazolteotl; si mujer Tlazolteocihuatl, mujer Tlazolteotl, mujer liviana. Tlaltecuhlti reina en la XII trecena del Tonalamatl, en compañía de Teonexquimilli.

Tezcatzoncatl era el dios de la embriaguez: llamábanle también Tequechmecaniani, el ahorcador, y Teatlahuiani, el ahogador. Era hermano de Yiauhotecatl, Izquitecatl, Acoloa, Tlilha, Pantecatl, Tultecatl, Papaztac, Tlaltecailhuoa, Tepuztecatl, Chimalpanecatl, Colhuatzincatl, (3) nombres de bebidas fermentadas, cuyos elementos revelan ya el inventor, ya el lugar, ya la denominación de cada licor. En el segundo día de la tercera trecena del Tonalamatl, caía el signo Ometochtli, dos conejos, en el cual se hacía fiesta á los dioses del vino; de aquí que el dios se llamara igualmente Ometochtli. Como la embriaguez influye dando muchas y diversas inclinaciones á los hombres, á cada uno de estos estados decían, *tener su conejo*, y al resultado de cada uno, *aconejarse*; de manera que los dioses del vino eran Centzontotchtin, cuatrocientos conejos, ó más bien, innumerables maneras de embriaguez. (4) Meichpochtli y Xochimeichpochtli, protectoras de las borrachas.

Omacatl ú Omeacatl; dos cañas, presidía á los convites, á las bodas y á los regocijos públicos. Su estatua era llevada por los sacerdotes á las casas de los particulares, y en su fiesta había una comunión mística de masa de *tzoalli*. (5)

Tzapotlatenan, natural de Tzapotla, é inventora del unguento

(1) Boturini, idea de una nueva hist., pág. 63-6.

(2) Boturini, pág. 14. Clavigero, tom. I, pág. 237.

(3) Sahagun, lib. I, cap. XXII. Torquemada, lib. XVII, cap. XXIX.

(4) Sahagun, lib. IV, cap. V y VI.

(5) Sahagun, lib. I, cap. XV. Torquemada, lib. VI, cap. XXIX.

de resina llamado *oxitl*: festejábanla con sacrificios y cantares su loor. (1)

Xipetotec, desollado, ó Totec, era originario de Tzapotlan en Xalisco, y númen contra algunas enfermedades cutáneas; como la diosa anterior, presidía á la medicina. En su fiesta, llamada Tlacaxipehualiztli, tenía lugar la bárbara costumbre de desollar á las víctimas. (2) Segun Torquemada, (3) Xippe y Totec era dios de los plateros; le reverenciaban, porque tenían por averiguado, que á los que no le hacían honra los affigia con enfermedades de ojos, apostemas y sarna. Xippe quiere decir, calvo ó atezado. En una tercera version: "*Tlacaxipehualiztli*, símbolo del primer mes, quiere decir *desollamiento de gentes*, porque en su primer día se desollaban unos hombres vivos dedicados al dios *Totec*, esto es, dios señor nuestro, ó al dios *Oxipe*, dios del desollamiento, síncope de Tloxipeuca, á quien los plateros dedicaban los desollados, por haberles hurtado alhajas de oro y plata, ó pedrería, llevándolos ántes á su templo arrastrados por los cabellos." (4)

Yiacatecutli, deidad de los mercaderes, tenía cinco hermanos, Chiconquiahuitl, Xomocuil, Nacxiti, Cochimetl y Yacapitzahuac, con una hermana Chalmecacihuált, (5) Yiacatecutl, el señor que guía, era honrado en dos fiestas solemnes durante los meses nono y décimo sétimo. Llamábasele por otro nombre Yacacoliuhqui. (6)

Amimitl, dios de Cuitlahuac, que así patrocinaba la pesca en el lago, como remediaba ciertas enfermedades de estómago. (7)

Nappatecutli, cuatro veces señor, númen de los que labraban esteras, *petatl*, asientos, *icpali*, y obras de juncia, *tolcuextli*; considerado como uno de los tlaloque, se le pedía agua y *tollin*, tule. Se le llamaba Tepahpaca, Teaaltati, limpiar ó labar, porque sabía perdonar las injurias que se le hacían; Quitzetzelohua, cerner ó esparcir, porque era liberal para conceder bienes, y también

(1) Sahagun, lib. I, cap. IX. Torquemada, lib. VI, cap. XXXI.

(2) Sahagun, lib. I, cap. XVIII.

(3) Monarq. indiana, lib. VI, cap. XXIX.

(4) Boturini, pág. 51.

(5) Sahagun, lib. I, cap. XIX.

(6) Torquemada, lib. VI, cap. XXVIII.

(7) Torquemada, loco cit.

en el mismo sentido Tlaitlaniniloni y Tlanenpopoloa, largo y liberal; Teatzelhuia, el que rocía con agua, porque se compadecía de los infelices; Amotenencua, el que se muestra agradecido. (1)

Los lapidarios ó artífices de labrar piedras preciosas contaban cuatro patronos; dos varones, Chicuhnahuiitzcuintli, nueve perros, y Nahualpili, señor hechicero, y dos hembras; Macuilcalli cinco casas, y Centeotl que parece ser la misma diosa de las mieses. En el día señalado con el nombre nueve perros se hacía fiesta, matando cuatro esclavos, dos hombres y dos mujeres. (2)

Opochtli, zurdo, inventor de las redes para pescar, de la especie de fisga de tres puntas llamada *mimacachalli* con que se cojen las ranas, de los lazos para coger las aves y los remos para remar: pertenecía á la familia de los tlaloque, y los pescadores eran sus principales devotos. (3)

Tepitoton ó Tepictoton, pequeñitos, dioses domésticos ó lares, de los cuales seis debía de tener en su casa el rey, cuatro los nobles y dos los plebeyos; multitud de las mismas figurillas había derramadas por plazas, calles, campos y montes, como guardadores de todas las cosas. (4)

Piltzintecutli, custodio y guardador de los niños nacidos en matrimonio, principalmente de los nobles; pintábanle de poca edad y hermoso; presidía en la VI trecena del Tonalamatl.

Yohualtecutli, señor de la noche, á quien se le pedía diese sueño á los niños. Yohualticitl, madre general de los niños, diosa de las cunas, encargada de velar por sus hijos. (5)

Ylamatecutli, señora anciana, protectora de los viejos. (6)

Ahuilteotl, dios apocado por los vicios, del verbo *ahuilihui*, apocarse con los vicios. Númen de los ociosos, vagabundos y juglares, y gente baldía y despreciable. (7)

Xochitl, flor, nombre del vigésimo día del mes y tercero de los acompañados de la noche: bajo el signo *Cexochitl* tenía lugar en el Tonalamatl, como símbolo de la [florescencia, con influjo sobre la suerte de los hombres. La misma idea, bajo el nombre

(1) Sahagun, lib. I, cap. XX. Torquemada, lib. VI, cap. XXX.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XXX.

(3) Sahagun, lib. I, cap. XVII. Torquemada, lib. VI, cap. XXX.

(4) Torquemada, lib. VI, cap. XXXIV.

(5) Torquemada, lib. XIII, cap. XX.

(6) Torquemada, lib. X, cap. XXIX.

(7) Boturini, pág. 26.

Macuilxochitl, cinco flores, presidía en la cuarta trecena del Tonalamatl. Dios ó diosa, pues siempre reina el sistema de dualidad, era abogada particular de quienes moraban en las casas de los señores y en los palacios de los príncipes, (1) y también de la germinación de las flores: llamábanle también Xochipilli, el principal que da flores ó que tiene cargo de dar flores. Quetzalmalin, figura fantástica que domina en la novena trecena del Tonalamatl, significando la vegetación lozana ó el mayor crecimiento de las plantas. Xochcua, come flores, adorado en el templo dicho Netlatiloyan, compañero de Nanahuatl, buba, (2) y destructor de las flores. Macuilmalinali y Topantlacaqui, eran también abogados de flores y plantas. (3)

Quiahuitl, lluvia, nombre del décimo noveno día del mes, noveno de los compañeros de la noche: deificada bajo el nombre de Macuilquiahuitl.

Cada uno de los signos que presidía á los 260 días del Tonalamatl, era una divinidad de mayor ó menor importancia; que influía buena ó mala ventura, así sobre el nacimiento de las criaturas, como sobre los acontecimientos diarios. Todavía se descendía á dar virtud á los animales para el aumento de la pesca y de la caza, encontrándose figuras de divinidades en forma de cuadrúpedos, aves, peces y reptiles. (4)

Faltan por enumerar algunas divinidades mexicanas, mas ya son de poco momento. En lo recopilado se advierte, que la religión azteca no admite ser clarificada en ningún sistema puro. Aquel pueblo formó sus creencias á la manera que acrecentó su imperio: sin respeto á la lengua ni á las costumbres, puso bajo su yugo todas las naciones á su alcance; sin considerar si cuadraban ó no con sus doctrinas, admitió todos los sistemas de los pueblos vencidos, formando una mezcla confusa é incoherente. En efecto, se ven unidos, un dios incorpóreo, invisible, creador y sustentador del universo, con dos dioses al parecer increados, padres de una generación de divinidades; es decir, la unidad, la dualidad, la pluralidad. En los dioses, el sexo se confunde hasta no saber á cual pertenecen. Desde las ideas más abstractas acer-

(1) Sahagun, lib. I, cap. XIV.

(2) Torquemada, lib. VIII, cap. XIV.

(3) Torquemada, lib. VIII, cap. XIV.

(4) Torquemada, lib. VI, cap. XVI.

ca de la divinidad, como en el Tloquenahuaque, se desciende hasta las concepciones más groseras en las ofrendas consagradas á la materia animada é inanimada. Los númenes son ya poderosos espíritus, hombres deificados, el pez ó la rana, los astros, la fuente sabrosa y el monte sombrío. Ya un dios único preside sobre el mundo, ya se juzga indispensable que un númen dirija cada una de las ciencias, de las artes, de las ocupaciones de la vida, de las acciones en la existencia presente y futura.

La religion propiamente mexicana, segun aparece por la historia, consistía en una idea simple, la deificacion de la guerra. De aquí el terrible Huitzilopochtli y sus cruentos hermanos, expresando cada uno las naturales variaciones de un hecho que debía ser firmemente puesto en práctica como culto, la víctima humana, la sangre del vencido. Como sólo guerreros y conquistadores, los méxica no eran filósofos ni pensadores. El cargo de pensar acerca de ciertas materias lo dejaban á las otras razas, y entre los tributos pagados por los pueblos sometidos, recibían, sin examinarlas, las teogonías y las deducciones filosóficas. Al rededor del Tezahuitl Huitzilopochtli se formó un monstruo. Se reconocen los trozos despedazados de creencias muy diversas, pertenecientes á pueblos antiguos y modernos, conocidos y desconocidos. Los habitantes primitivos de Teotihuacan ofrecen restos de una zoolatria salvaje. Los toltecas dan ejemplo de un deísmo puro, transformado poco á poco en politeísmo. Las tribus que llegan del Norte trae cada una su divinidad, que cambia de nombres y de empleos, dando lugar á pluralidades más ó ménos reconocibles. Los chichimeca se presentan como adoradores del sol y de los astros. En Yucatan se advierte el culto del fuego. Sin acertar á darse cuenta de donde proceden, se encuentra un monogenismo puro, ya para expresar la regeneracion del género humano despues de los cuatro grandes cataclismos, ya para explicar la filiacion de las razas. El culto de los cuatro elementos, concebido como entre algunos pueblos del viejo mundo. La ofiolatria extendida por casi todo el continente. Mitos que no dejan duda acerca de su origen asiático. Y sobre todo esto la figura de Quetzalcoatl, de procedencia europea, introduciendo la adoracion de la cruz, prácticas, doctrinas y principios incuestionablemente cristianos.

Los principales dioses corresponden en el cielo á planetas,

constelaciones ó estrellas. En gran parte sus leyendas son astronómicas. El antagonismo de Quetzalcoatl y de Tezcatlipoca, proveniente en la tierra de diferencias religiosas, en la esfera se convierte en los movimientos simultáneos de Vénus y de la luna, sus apariencias en la tarde y en la mañana. La vía láctea, el escorpion, la osa, las Pléyadas, tienen relacion con las divinidades. Fuera de las luchas astronómicas, viven en perpetua paz; no tienen necesidad de alimento, ni les aquejan las pasiones y los sobresaltos de los mortales. Están conformes con las preces y los sacrificios. [El Tlacatecolotl, buho persona, hombre buho, aparece como el genio del mal; pero aunque los escritores le han hecho sinónimo de diablo, no tiene el poder que á éste se le supone, siendo únicamente un fantasma, que si hace males, puede alguna vez conceder bienes. Aunque se echa de ménos esa dualidad comun á muchas religiones antiguas, el hado ó sino se manifiesta por signos prósperos ó nefastos, influyendo necesariamente en la suerte de los hombres.

Las imágenes de los dioses son horribles. Careciendo en lo absoluto de belleza artística, quedan aun más desfigurados por un simbolismo recargado y fantástico, añadiendo espanto á la fealdad. Las estatuas demandaban miedo más que respeto. Las divinidades griegas dejan admirar á sus devotos sus formas correctas, que dan copioso asunto al pintor y al estatuario; las diosas muestran con impúdica tranquilidad sus gracias plásticas, y solo alguna de ellas mantiene como escondido su intacto pudor. En el panteon azteca, concebido por pueblos bárbaros pero moralizados, los dioses se mantienen en un casto decoro; ningun varon anda descubierto, ninguna hembra enseña lo que no permiten las costumbres: tienen el sello que les pusieron imaginaciones adustas, severas, atrasadas; fátales el insolente descaro de eso que absurdamente se llama refinamiento de civilizacion.

Los edificios destinados al culto se llamaban Teocalli, de teotl, dios, y calli, casa, casa de dios, y Teopan, lugar de dios. Se les encontraba profusamente derramados por los caminos, encrucijadas, valles, montes, sembrados; en las poblaciones ocupaba el principal el centro, fuera de que cada barrio tenía el suyo, multiplicándolos ademas la devocion por calles y plazas. De mayor ó menor grandeza en proporciones y ornato, todos eran iguales

en forma y disposición: cada pueblo, según su importancia, se distinguía por el tamaño y número de sus templos. (1)

Mencionaremos los principales teocalli, y de su descripción se sacará relativamente la de los demás. La ciudad de México, en tiempos sucesivos, había levantado el suntuoso templo de Huitzilopochtli. (2) La construcción se componía de muy diversas partes. Era una gran superficie, cercada con una pared de piedras labradas en forma de serpientes, entrelazadas las unas con las otras, llamada *coatepantli*, pared ó muro de culebras. El muro ofrecía cuatro puertas; salía la del O. á la actual calle de Tacuba, siguiendo la calzada de Tlacopan; la del N. correspondía á la calzada de Tepeyacac; la del E. terminaba en la costa de la isla en donde estaba situada la ciudad, en el embarcadero del lago, y la cuarta al S. para la calzada de Coyohuacan: calles y caminos estaban sacados en línea recta por una y dos leguas, con objeto de que los devotos pudieran descubrir el templo desde lejos.

En el centro de este cercado se alzaba el gran teocalli. Era una construcción maciza, rectangular, de cuatro á cinco metros de altura; sobre ella seguía otra semejante, mas no de las mismas dimensiones, pues igualando con la anterior por una cara, por los otros lados disminuía en anchura, dejando un espacio ó pasadizo con el interior por el cual podían caminar tres ó cuatro hombres de frente; seguían del mismo modo los diferentes pisos, hasta el último que presentaba una superficie lisa é igual: el conjunto asumía la forma de una pirámide truncada. La cara unida no era vertical, sino inclinada hácia la parte interior, y en ella estaba construida la escalera, de un sólo tramo de alto á bajo, (3) con ciento y veinte escalones de un pié cada uno de altu-

(1) P. Mendieta, lib. II, cap. VII. Torquemada, lib. VI, cap. IX.

(2) Los españoles llamaron á los teocalli, *Cú* en singular y *Cues* en plural; el primero es voz de la lengua de las islas, el segundo de formación castellana.

(3) Las dimensiones suministradas por los testigos de vista no van conformes; es natural, no todos podían tener la misma práctica para tomar medidas á ojo. De aquí resulta, que mientras Torquemada, lib. VIII, cap. XI, da á la cepa inferior la forma cuadrada y trescientos setenta piés de esquina á esquina, Tezozomoc, Crónica Mexicana, cap. 37, MS., acepta la figura de paralelogramo, con 125 brazas por el lado mayor y 90 por el menor. La misma discordancia en la altura vertical, que según el mismo Tezozomoc, cap. 50, subía á 160 estados.

ra. (1) Éstos eran de piedras labradas; el resto, reforzado con mampostería, estaba encajado y bruñido, presentando una vista muy hermosa.

La superficie superior, propiamente el átrio, quedaba cercada con un pretil galano, labrado de piedras menudas negras, sobre campo blanco y colorado; encima unas almenas á manera de cacahotes, y en los remates de los estribos dos figuras de piedra, sentadas, con unos candeleros en las manos rematando en unas como mangas de cruz, de plumas amarillas y verdes. Miraba la escalera al Oeste; á corta distancia de ella quedaba el *techcall* ó piedra del sacrificio, y en el lado opuesto, es decir, al E. veíanse las capillas de los dioses. Eran dos, cada una de tres cuerpos, el primero de mampostería, los otros dos de madera rematando en chapiteles curiosos: en la una se adoraba á Huitzilopochtli y en la otra á Tlaloc. Grande era la altura de estas capillas, aumentando con mucho la general del edificio.

Al pié de la escalera se encontraban los dos grandes braseros en que perpetuamente ardía el fuego sagrado. Todo el patio estaba empedrado de grandes lozas, tan bruñidas que con frecuencia se deslizaban los piés. Quedando libre un espacio para las ceremonias y bailes religiosos, el resto del patio se veía ocupado por multitud de teocalli menores, estanques y fuentes para las abluciones, casas de penitencia, depósitos de las vestiduras y de los adornos de los dioses, habitaciones para los sacerdotes, lugares para los diversos géneros de sacrificio, copiosos depósitos de armas, y en fin, cuanto era menester para las prácticas de aquel complicado culto. Para formar idea aproximada de la extensión del atrio superior, recordaremos que Cortés nos dice que ahí se fortificaron quinientos nobles para defenderse; la parte

(1) Clavigero, tom. I, pág. 243, y en ello le sigue Prescott, niega que fuera una escalera sola, y afirma que eran tantas escaleras como pisos contaba el edificio. Por más citas que en abono de su doctrina alegue, es absolutamente falsa. Cegado por el dibujo de fantasía que acompaña en Ramusio la Relación del conquistador anónimo, torció á su sabor los textos de éste, de Cortés, de Bernal Díaz y de Sahagún, las cuales bien interpretadas dicen lo contrario á su propósito. En el templo de Huitzilopochtli la escalera era una sola. El P. Durán y Acosta cuentan 120 escalones, mientras Tezozomoc, l. p. 37, le supone 360. La repetida escalera, aunque una sola, aparece dividida de alto á bajo en las pinturas, en dos ó tres secciones paralelas, admitiendo tres compartimientos, resultarían los 120 escalones completos, ó 360 fracciones.

descubierta del patio, donde fué la matanza ejecutada por Alvarado, podía contener danzando en rueda al rededor del teocalli, de ocho á diez mil personas. (1)

No cuadrando á nuestro propósito hacer una minuciosa descripción de todo el edificio, preciso se hace detenernos ante dos objetos, que por su originalidad llaman la atención. El uno el Tzompantli, lugar destinado á conservar las cabezas de los prisioneros sacrificados. Según un testigo de vista:—“Estaban frontero de esta torre sesenta ó setenta vigas muy altas, hincadas derivadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un treatro (*sic*) grande, hecho de cal é piedra, é por las gradadas dél muchas cabezas de muertos pegadas con cal, é los dientes hácia fuera. Estaba de un cabo é de otro destas vigas dos torres hechas de cal é de cabezas de muertos, sin otra alguna piedra, é los dientes hacia fuera, en lo que se pudie aparecer, é las vigas apartadas una de otra poco ménos que una vara de medir, é desde lo alto dellas fasta abajo puestos palos cuan espesos cabien, é en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo: é quien esto escribe, y un Gonzalo de Vmbría, contaron los palos que habie, é multiplicando á cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas.” (2) Después de sacrificado el prisionero, recogido el cadáver por el cautivador y comida la carne, la cabeza era entregada á los sacerdotes, quienes horadándola por las sienes la colocaban en las varas del tzompantli; en su lugar permanecía, hasta que despedazada por la intemperie era sustituida con otra. Éste de que acabamos de hablar era el mayor, pues consta de Sahagun que ahí mismo había otros menores: horribles osarios que dan testimonio de aquella desatinada religion.

(1) En esta ligera descripción tomamos por principales guías, P. Duran, segunda parte, cap. II. MS. Acosta, lib. V, cap. XIII. Códice Ramírez, MS. Pueden consultarse para la multitud de pormenores que faltan, Conquistador anónimo, Documentos de García Icazbalceta, tom. I, pág. 384. Motolinia, trat. I, cap. XII. P. Sahagun, tom. I, pág. 197 y siguientes. P. Mendieta, lib. 11, cap. VII. Torquemada, lib. VIII, cap. XI. Véase Clavigero, tom. I, pág. 240, para las diferencias que hemos acentado.

(2) Relacion de Andrés de Tápia, Documentos para la Hist. de México por D. Joaquin García Icazbalceta, tom. II, pág. 583. P. Duran, segunda parte, cap. II, MS. Acosta, lib. V, cap. XIII.

El otro objeto era el templo de Quetzalcoatl, el único que por la forma se distinguía de los demas. Éste descansaba sobre una sola cepa, á la cual se subía por gradas; había encima un edificio redondo cubierto con un chapitel curiosamente labrado; la puerta era estrecha y figuraba la boca abierta de una serpiente feroz, con sus ojos, dientes y colmillos, poniendo espanto en el corazón de quienes se acercaban. (1) Hasta en su santuario se diferenciaba Quetzalcoatl de las otras divinidades.

En este gran Panteon estaban encerrados, no solo los números nacionales, más tambien todos los de los pueblos conquistados. Cada uno tenía su templo, sus sacerdotes y guardadores, su culto particular. Pasaban de cinco mil las personas aposentadas por el patio, entre ministros, servidores, mancebos y mujeres consagradas á las diversas faenas. En cada altar se encendía fuego, así que por la noche la iluminación presentaba un aspecto sorprendente. Reinaban el aseo y la compostura por todas partes, cada objeto parecía nuevo, y su magnífico conjunto logró cautivar la admiración de los conquistadores.

Rival de este templo era el de Texcoco: copiamos de un original poco conocido la descripción, con su ingenuo lenguaje.—“El templo principal de estos ídolos Huitzilopochtli y Tlaloc, estaba edificado en medio de la ciudad, cuadrado y macizo como terraplano de barro y piedra, y solamente las haces de cal y canto. Tenía en cada cuadro ochenta brazas largas y de alto veinte y siete; tenía ciento y sesenta escalones á la parte de poniente por donde á él se subía. Comenzaba su edificio desde sus cimientos, de tal forma que como iba subiendo se iba disminuyendo y estrechando de todas partes en forma piramidal, y de trecho á trecho hacía un descanso como poyo al rededor de todo él, como camino de un estado en medio de las gradas que subía de abajo arriba hasta la cumbre, que era como division para hacer dos subidas que entrambas iban á parar en un patio, que en lo más alto de él se hacía, en donde había dos aposentos grandes, el uno mayor que el otro: en el mayor que estaba á la parte del sur, estaba el ídolo Huitzilopochtli, y en el otro que era el menor, que estaba á la parte del norte, estaba el ídolo Tlaloc, que ellos y los aposentos miraban á la parte de poniente, y por delante el

(1) Torquemada, lib. VIII, cap. XI. Motolinia, trat. I, cap. XII.